

de mal agüero que parece extender la sombra de la fatalidad sobre su juventud; el último nacido del Bearnés debe mezclarse con los niños de su edad, ir á las escuelas públicas, aprender todo lo que se sabe hoy día. Hágase el hombre más ilustrado de su época; póngase al nivel de las ciencias contemporáneas; reuna á las virtudes de un cristiano del siglo de San Luis las luces de un cristiano de nuestro siglo; instrúyase con viajes de las costumbres y de las leyes; atravesie los mares, compare las instituciones y los gobiernos, los pueblos libres y los pueblos esclavos; expóngase, si tiene ocasión, como simple soldado en el extranjero á los peligros de la guerra, porque no es apto para reinar sobre franceses el que no ha oído silbar las balas, y entonces se habrá hecho por él lo que hablando humanamente puede hacerse. Pero sobre todo guardaos de educarle en las ideas del derecho invencible; lejos de lisonjearle con llevarle al puesto de sus padres, preparadle á no subir jamás: educadle para ser hombre, no para ser rey: en eso estriban las mejores probabilidades.

«Basta ya: cualquiera que sea el consejo de Dios, quedará al candidato de mi eterna y piadosa fidelidad una magstad de los tiempos que los hombres no le pueden arrebatrar. Mil años anudados á su jóven frente le adornarán siempre de una pompa sobre la de todos los monarcas. Si en la condicion privada lleva bien esa diadema de días, de recuerdos y de gloria; si su mano levanta sin esfuerzo ese cetro del tiempo que le han legado sus abuelos, ¿qué imperio podrá echar de menos?»

El conde de Briquerville, cuya proposicion combatí de esa manera, imprimió algunas reflexiones sobre mi folleto, y me las envió con la siguiente carta:

«Caballero: He cedido á la necesidad, al deber de publicar las reflexiones que me han sugerido vuestras elocuentes páginas sobre mi proposicion. Obedezco á un sentimiento no menos sincero al deplorar el hallarme en oposicion á vos, que al poder del genio reunís tantos títulos á la consideracion pública. El país está en peligro, y eso me hace no poder creer en una disension seria entre nosotros: esa Francia nos invita á reunirnos para salvarla: secundadla con vuestro talento: nosotros maniobramos y la ayudaremos con nuestros brazos. ¿No es cierto que en este terreno no pasará mucho tiempo sin que nos entendamos? Vos seréis el Tirteo de un pueblo cuyos soldados somos, y entonces me proclamaré con alegría el más ardiente de vuestros partidarios políticos, como soy ya el más sincero de vuestros admiradores.

«Vuestro muy humilde y obediente servidor,

«ÉL CONDE ARMANDO DE BRIQUEVILLE.

«París 15 de noviembre de 1831.»

Yo no me quedé atrás, y rompí contra el campeón una segunda lanza abortada.

«París 15 de noviembre de 1831.

«Caballero: Vuestra carta es digna de un noble: perdonadme esta añeja palabra, que va encaminada á vuestro nombre, á vuestro valor, á vuestro amor á la Francia. Detesto, como vos, el yugo extranjero: si se tratase de defender mi país, no pediría llevar la lira del poeta, sino la espada del veterano, en las filas de vuestros soldados.

«Todavía no he leído vuestras reflexiones; pero si la situacion política os indujese á retirar la proposicion que tanto me ha afligido, ¿con qué placer me encontraría á vuestro lado, sin obstáculo en el terreno de la libertad, del honor, de la gloria de nuestra patria!»

«Tengo el honor, caballero, de ser, con la consideracion más distinguida, vuestro muy humilde y obediente servidor,

«CHATEAUBRIAND.»

CARTA AL AUTOR DE LA NEMESIS.

París, calle del Infierno, enfermería de María Teresa, diciembre de 1831.

Un poeta, mezclando las proscripciones de las musas á las de las leyes en una improvisacion enérgica, atacó á la viuda y al huérfano. Como esos versos eran de un escritor de talento, adquirieron cierta especie de autoridad que no me permitió dejarlos pasar: hiee, pues, frente á otro enemigo (1).

No se comprenderia mi respuesta si no se leyese el libelo del poeta: invito por lo tanto á que se lean esos versos: son muy bellos, y circulan por todas partes. Mi respuesta no ha visto la luz pública, y aparece por la vez primera en estas *Memorias*. ¡Miserables debates en que vienen á pasar las revoluciones! ¡Véase la lucha á que descendemos, nosotros, débiles sucesores de aquellos hombres que con las armas en la mano trataban las grandes cuestiones de gloria y de libertad agitando el universo! Unos pigmeos hacen oír hoy su débil grito entre los sepulcros de los gigantes sepultados bajo los montes que han derribado sobre ellos.

«París, miércoles por la tarde, 9 de noviembre de 1831.

«Caballero: He recibido esta mañana el último número de la *Nemesis* que me habeis hecho el honor de enviar. Para precaverme de la seducion de esos elogios dados con tanta brillantez, gracia y encanto, necesito recordar los obstáculos que median entre los dos. Vivimos en dos mundos aparte: vuestras esperanzas y temores no son los mismos: vos quemais lo que yo adoro, y yo quemó lo que vos adorais. Vos, caballero, os habeis hecho grande, en medio de una multitud de abortos de julio; pero así como toda la influencia que atribuis á mi prosa no hará, según vos, que se levante una raza caida; así, según yo, todo el poder de vuestra poesia no abatirá esa noble raza: ¿será cosa de que estemos colocados uno y otro en dos imposibilidades?»

«Vos sois jóven, caballero, como ese porvenir que soñais, y que os engañará: yo soy viejo, como ese tiempo en que sueño, y que se me escapa. Si viniérais á sentaros á mi hogar, decís cortesmente, reproduciríais mis facciones con vuestro buril; yo me esforzaria en haceros cristiano y realista. Puesto que vuestra lira en el primer acorde de su armonía cantaba mis *Mártires* y mi *Peregrinacion*, ¿por qué no habeis de terminar la carrera? Entrad en el lugar santo: el tiempo no ha hecho más que arrancarme los cabellos como deshoja un árbol en invierno; pero ha quedado la savia en el corazón: todavía tengo la mano bastante firme para llevar la antorcha que hubiese de guiar vuestros pasos bajo las bóvedas del santuario.

«Afirmáis, caballero, que sería preciso un pueblo de poetas para comprender mis contradicciones de reinos *extinguidos* y *jóvenes repúblicas*. ¿No habrías celebrado vos también la libertad, y hallado algunas palabras magníficas para los tiranos que la oprimen? Citais á las Dubarry, á las Montespan, á las Fontanges, á las La Vallière; recordais debilidades régias; pero esas debilidades ¿han costado á la Francia lo que los desenfrenos de los Danton y de

(1) Mr. Barthelemy ha pasado después al justo medio, no sin fuertes imprecaciones de parte de muchas personas que se adhieron mucho más tarde. (Nota de París: 1737.)

los Camilo Desmoulins le costaron? Las costumbres de esos Catilinas plebeyos se reflejaban hasta en su lenguaje: tomaban sus metáforas del muladar de los infames y de las prostitutas. ¿Las fragilidades de Luis XIV y de Luis XV han enviado á los padres y esposos al cadalso, después de haber deshonrado á las hijas y á las esposas? ¿Los baños de sangre hicieron más casta la impudicia de un revolucionario que los baños del eche hacian virginal la mancha de una Poppa? Cuando los revendedores de Robespierre hubiesen vendido al pueblo de París la sangre de los baños de Danton, como los de Neron vendían á los habitantes de Roma la leche de las termas de su cortesana, ¿creéis que se hubiera hallado alguna virtud en las lavaduras de los obscenos verdugos del terror?

«La rapidez y la elevacion del vuelo de vuestra musa os han engañado, caballero: el sol, que sonríe á todas las miserias, habrá herido los vestidos de una viuda, y os habrán parecido dorados: yo he visto esos vestidos, y eran de luto; no sabían lo que eran fiestas: el niño, en las entrañas que le llevaban, no ha sido mecido sino al ruido de las lágrimas: si hubiese bailado *nueve meses en el seno de su madre*, como decís, solo habrá tenido alegría antes de nacer, entre la concepcion y el parto, entre el asesinato y la proscripcion. La *pálidez de Infausto agüero* que habeis notado en el rostro de Enrique es el resultado de la sangre paternal, y no el cansancio de un baile de doscientas setenta noches. La antigua maldicion ha alcanzado también á la hija de Enrique IV: *in dolore paries filios*. No conozco más que á la diosa de la razon, cuyos partos, apresurados por adulterios, hayan tenido lugar entre las danzas de la muerte. De sus costados públicos se desprendían reptiles inmundos que bailaban al punto con las calceteras alrededor del cadalso, al sonido de la cuchilla que subía y bajaba, estrivillo del baile diabólico.

«Os conjuro, caballero, en nombre de vuestro raro talento, á que ceseis de recompensar el crimen y castigar la desgracia con las sentencias improvisadas de vuestra musa: no condeneis al primero al cielo y á la segunda al infierno. Si permaneciendo adicto á la causa de la libertad y de las luces dieseis asilo á la religion, á la humanidad, á la inocencia, veríais aparecer en vuestras vigílias otra especie de *Nemesis* digna de todos los homenajes de la tierra. Hasta tanto que derrameis mejor que yo sobre la virtud *todo el océano de vuestras frescas ideas*, continuad con la venganza que os habeis creado, arrastrando á las gemonías nuestras torpezas; derribad los falsos monumentos de una revolucion que no ha edificado el templo propio para su culto; labrad sus ruinas con la reja de vuestra sátira; sembrad sal en ese campo para hacerlo estéril, á fin de que no pueda germinar en él de nuevo ninguna bajeza; y os recomiendo especialmente, caballero, ese gobierno prosternado que anda saltando la altivez de las obediencias, la victoria de las derrotas y la gloria de las humillaciones de la patria.

«CHATEAUBRIAND.»

CONSPIRACION DE LA CALLE DE PROUVAIRES

París, calle del Infierno, últimos de marzo.

Estos viajes y estos combates concluyeron para mí el año de 1831: á principio de 1832 una nueva trifulca.

La revolucion de París habia dejado sobre el suelo de esta capital una porcion de suizos, de guardias de corps, de hombres de todas clases, alimentados por la corte, que se morían de hambre, y á quienes unas buenas cabezas monárquicas, jóvenes y locas bajo sus cabellos grises, imaginaron enganchar para un golpe de mano.

En aquel formidable complot no faltaban personas graves, pálidas, flacas, transparentes, encorvadas, con el rostro noble, los ojos todavía vivos, la cabeza blanquecina: aquel pasado se asemejaba al honor resucitado que venia á intentar restablecer con sus manos de sombra la familia que no habia podido sostener con sus manos vivas. Muchas veces con hombres de muletas intentan apuntalar las monarquías que se derrumban; pero en esta época de la sociedad la restauracion de un monumento de la edad media es imposible, porque el genio que animaba aquella arquitectura ha muerto: se hacen cosas viejas creyendo hacer cosas góticas.

Por otra parte, los héroes de julio, á quienes el justo medio habia escamoteado la república, no querían otra cosa que ponerse de acuerdo con los carlistas para vengarse de un enemigo comun, salvo después el derecho de matarse unos á otros después de la victoria. Habiendo preconizado Mr. Thiers el sistema de 1793 como la obra de la libertad, de la victoria y del genio, inflamáronse varias imaginaciones jóvenes al fuego de un incendio, del que no veían más que el resplandor lejano; complacíanse en la poesia del terror: horrible y loca parodia que hace retroceder la hora de la libertad. Eso es desconocer á la vez el tiempo, la historia y la humanidad; es obligar al mundo á retroceder hasta bajo el látigo del comité para librarse de esos fanáticos del cadalso.

Necesitábase dinero para mantener á todos aquellos descontentos, héroes de julio despedidos, ó criados desacomodados: establecióse una suscripcion. En todos los rincones de París se celebraban conciliábulos carlistas y republicanos, y la policia, al corriente de todo, enviaba sus espías para que predicasen de un club á un granero la igualdad y la legitimidad. Informábanme de esos manejos que yo combatia. Ambos partidos querían declararme su jefe en el momento cierto del triunfo; un club republicano me envió á preguntar si aceptaría la presidencia de la república, á lo que contesté: «Si por cierto; pero después de Mr. de Lafayette», lo cual pareció modesto y conveniente. El general Lafayette concurría algunas veces á casa de Mad. Recamier; yo me burlaba algun tanto de su *mejor de las repúblicas*, y le preguntaba si no hubiera hecho mejor en proclamar á Enrique V y ser el verdadero presidente de la Francia durante la minoría del régio infante. Convenia él en ello, y se prestaba bien á mis chanzas, porque era hombre de buena sociedad. Cada vez que nos encontrábamos, me decía: «¡Ah! ¿volveis de nuevo á la carga?» Yo le hacia convenir en que no habia habido hombre mejor atrapado que él por su buen amigo Felipe.

En medio de aquella agitacion y de aquellas extravagantes conspiraciones se entra en mi casa un hombre disfrazado, con peluca de grama en el colodrillo, y unos anteojos verdes sobre la nariz, que ocultaban unos ojos que veían muy bien sin ellos. Tenía sus bolsillos llenos de letras de cambio que enseñaba, y acto continuo, informado de que yo quería vender mi casa y arreglar mis asuntos, me ofreció sus servicios. No pude menos de reirme de aquel hombre (persona por otra parte de talento y de recursos.) que se creia obligado á comprarme para la legitimidad. Llegando á ser sus ofertas bastante apremiantes, le mostré en mis labios un desden que le obligó á retirarse, y escribí á mi secretario este billete, que he conservado:

«Caballero: Ayer tarde tuve el honor de ver al vizconde de Chateaubriand, que me recibió con su bondad habitual: sin embargo, me pareció advertir que no tenia ya su ingenuidad ordinaria. Decidme, os ruego, lo que haya podido retirarme su confianza, que aprecio más que nada: si le han ido con chismes acerca de mí, no temo poner al descubierto mi conducta, y estoy dispuesto á responder á todo cuanto

puedan haberle dicho: conoce demasiado la maldad de los intrigantes para condenarme sin querer oírme. También hay miedosos que obran así; pero es de esperar que llegue el día en que se vea quiénes son las personas verdaderamente adictas. Me ha dicho que era inútil me mezclase en sus asuntos, y lo siento, porque me complazco en creer que habrían sido arreglados según sus deseos. Sospecho, sobre poco más ó menos, la persona que le ha hecho cambiar en este punto: si en ocasión oportuna hubiese sido yo menos discreto, no habría estado siquiera en posición de perjudicarme con vuestro excelente *principal*. En fin, no por eso le profeso menos adhesión; podeis asegurárselo de nuevo, ofreciéndole mis respetuosos homenajes. Me atrevo á esperar que llegará un día en que pueda conocerme y juzgarme.

» Recibid, caballero, etc. »

Jacinto dió á este billete la siguiente respuesta que le dicté yo mismo:

« Mi principal nada tiene de particular contra la persona que me ha escrito; pero quiere vivir fuera de todo, y no quiere aceptar servicio ninguno. »

Muy luego tuvo lugar la catástrofe.

¿ Conoce el lector la calle de *Prouvaires*, calle estrecha, sucia, populosa, en la vecindad de San Eustaquio y de los graneros? Allí fue donde se dió la famosa comida de la tercera restauración. Los convidados iban armados de pistolas, puñales y llaves; después de beber debían introducirse en la galería del Louvre, y pasando á media noche por entre dos filas de obras maestras ir á herir al monstruo usurpador en medio de una fiesta. La concepción era romántica; había vuelto el siglo XVII, y podía uno creerse en el tiempo de los Borgias, de los Médicis de Florencia y de los Médicis de París, si se exceptúan los hombres.

El 1.º de febrero á las nueve de la noche iba yo á recogerme, cuando un hombre zeloso y el individuo de las letras de cambio forzaron mi puerta de la calle del Infierno para decirme que todo estaba preparado; que dentro de dos horas habría desaparecido Luis Felipe: venían á informarse de si podrían declararme jefe del gobierno provisional, y si consentía en tomar con un consejo de regencia las riendas del gobierno provisional en nombre de Enrique V. Confesaban que la cosa ofrecía peligros; pero que con eso sería mayor la gloria que recogería, y que como yo convenía á todos los partidos, era el único hombre en Francia que estaba en posesión de hacer un papel semejante. Era aquello estrecharme demasiado: ¡ dos horas para decidirme á aceptar la corona, dos horas para aguzar el gran sable de mameluco que compré en el Cairo en 1806! Sin embargo, no esperé el menor apuro, y les dije: — « Señores, ya sabeis que jamás he aprobado esta empresa, que me parece insensata. Si tuviese que mezclarme en ella, habría compartido vuestros riesgos y no hubiera aguardado á vuestra victoria para aceptar el precio de vuestros peligros. Sabeis que amo seriamente la libertad, y tengo la convicción por los que manejan este asunto, de que no quieren libertad, y que una vez dueños del campo de batalla principiarían por establecer el reinado de la arbitrariedad. No tendrían á nadie, y mucho menos á mí para sostenerlos en sus proyectos: su triunfo acarrearía una verdadera anarquía, y aprovechándose el extranjero de nuestras discordias, vendría á desmembrar la Francia. No puedo, pues, entrar en todo eso. Admiro vuestro leal ardor; pero el mío no es de la misma naturaleza. Voy á acostarme: os aconsejo que hagáis otro tanto, y mucho temo saber mañana por la mañana la desgracia de vuestros amigos. »

Tuve lugar la comida; el dueño de la casa, que no la había dispuesto sino con autorización de la policía, sabía á que atenerse. Los espías brindaban á voz en

grito á la salud de Enrique V; llegaron los sargentos municipales, agarraron á los convidados, y derribaron una vez más la copa del trono legítimo. El Renato de los aventureros realistas era un zapatero de la calle del Sena, condecorado de julio, que había peleado con valor en las tres jornadas y había herido gravemente por Enrique V á un agente de la policía de Luis Felipe, como había muerto soldados de la guardia para espulsar al mismo Enrique V y á los dos ancianos reyes.

Durante este asunto había yo recibido un billete de la duquesa de Berry, que me nombraba *miembro de un gobierno secreto* que ella establecía en calidad de regente de Francia. Aproveché esta ocasión para escribir á la princesa la carta siguiente:

« Señora: Con el más profundo reconocimiento he recibido el testimonio de confianza y estimación con que habeis querido honrarme, el cual impone á mi fidelidad el deber de redoblar mi celo, sometiendo siempre á la consideración de V. A. R. lo que me parece la verdad.

» Hablaré primero de las pretendidas conspiraciones, cuyo rumor habrá quizá llegado á oídos de V. A. R. Se afirma que han sido fraguadas ó provocadas por la policía. Dejando á un lado el hecho, y sin insistir en lo que las conspiraciones (verdaderas ó falsas) tienen de reprehensible en sí mismas, me contentaré con observar que nuestro carácter nacional es á la vez demasiado ligero y franco para salir bien en semejantes empresas. Así es que hace cuarenta años estas especies de empresas culpables han salido constantemente mal. No hay cosa más común que oír á un francés jactarse públicamente de pertenecer á un complot, y cuenta todos sus detalles, sin olvidar el día, el sitio y la hora á algún espía á quien toma por un camarada; dice en voz alta ó más bien grita á los transeúntes: — « Tenemos cuarenta mil hombres bien contados, y sesenta mil cartuchos; tal calle, número tantos, casa que hace esquina. » Y en seguida ese Catilina se va á bailar y á reír.

» Solo las sociedades secretas tienen una poderosa influencia, porque proceden por revoluciones y no por conspiraciones: tienden á cambiar las doctrinas, las ideas y las costumbres, antes de cambiar los hombres y las cosas: sus progresos son lentos; pero sus resultados seguros. La publicidad del pensamiento destruirá la influencia de las sociedades secretas: la opinión pública será la que opere ahora en Francia lo que las congregaciones ocultas operan en los pueblos no emancipados todavía.

» Los departamentos de Oeste y Mediodía, á quienes parece quererse impulsar á la desesperación por la arbitrariedad y la violencia, conservan ese espíritu de fidelidad que distinguió á las antiguas costumbres; pero esa mitad de la Francia no conspirará jamás en el sentido estricto de esta palabra: es una especie de campamento en descanso sobre la armas. Admirable como reserva de legitimidad, sería insuficiente como vanguardia, y nunca tomaría con éxito la ofensiva. La civilización ha hecho sobrados progresos para que estalle una de esas guerras intestinas de grandes resultados, recurso y azote de los siglos á la vez más cristianos y menos ilustrados.

» Lo que existe en Francia no es una monarquía: es una república, y en verdad de la peor especie. Esta república se halla escudada con un trono que recibe los golpes é impide que vayan á herir al gobierno mismo.

» Además, si la legitimidad es una fuerza considerable, la elección es también un poder preponderante, aun cuando no sea más que ficticia, especialmente en este país en que no se vive más que de vanidad: la pasión francesa, la igualdad, se halla lisonjeada por la elección.

» El gobierno de Luis Felipe se entrega á un doble exceso de arbitrariedad y de oficiosidad en que jamás había pensado el gobierno de Carlos X. Se tolera ese exceso; ¿ y por qué? Porque el pueblo soporta mejor la tiranía de un gobierno que él ha creado que el rigor legal de instituciones que no son obra suya.

» Cuarenta años de borrascas han quebrantado los espíritus más fuertes: la apatía es grande, el egoísmo casi general; todos se encogen para sustraerse al peligro, conservar lo que tienen y vegetar en paz. Después de una revolución quedan también hombres gangrenados que comunican á todos su peste, como después de una batalla quedan cadáveres que corrompen el aire. Si como por ensalmo pudiese Enrique ser transportado á las Tullerías sin incomodidad, sin sacudimientos, sin comprometer los menores intereses, estaríamos muy próximos á una restauración; pero si para conseguirla se necesita siquiera pasar una noche en vela, disminuyen las probabilidades.

» Los resultados de las jornadas de julio no han redundado ni en provecho del pueblo, ni en honor del ejército, ni en ventaja de las letras, de las artes, del comercio y de la industria. El estado ha venido á ser presa de los ministeriales de profesión y de esta clase que mira la patria en su olla y los negocios públicos en su hogar: es difícil, señora, que conozcáis de lejos lo que aquí se llama el *justo medio*: figúrese V. A. R. una ausencia completa de elevación de alma, de nobleza de corazón, de dignidad de carácter; imagínese unas personas hinchadas con su importancia, hechizadas con sus empleos, locas por su dinero, resueltas á dejarse matar por sus sueldos, de los que nada en el mundo les haría separarse: es cosa para ellas de vida ó muerte, y están apegadas á ellos como los Gaudas á sus espadas, los caballeros á la oriflama, los hugonotes al penacho blanco de Enrique IV, los soldados de Napoleón á la bandera tricolor: no morirán sino apurados sus juramentos á todos los sistemas después de derramar su última gota de sangre sobre su último empleo. Estos eunucos de la casi legitimidad dogmatizan la independencia haciendo apalear en las calles á los ciudadanos, y hacinando á los escritores en los calabozos; entonan cánticos de triunfo, evacuando la Bélgica á una intimación de un ministro inglés, y muy luego á Ancona por orden de un cabo austriaco. Entre las puertas de Santa Petagia y las de los gabinetes de Europa se solazan henchidos de libertad y embarazados de gloria.

» Lo que he dicho acerca de las disposiciones de la Francia no debe desanimar á V. A. R.; pero quisiera que se conociese mejor el camino que conduce al trono de Enrique V.

» Sabeis mi modo de pensar relativamente á la educación de mi joven rey: mis sentimientos se hallan espesados al fin del folleto que he puesto á los pies de V. A. R.: no haría más que repetirme: « Que Enrique V sea educado para su siglo, con los hombres y por los hombres de su siglo: » estas palabras resumen todo mi sistema. Que sea educado sobre todo, para no ser rey. Podrá reinar mañana, podrá no reinar jamás, porque si la legitimidad tiene las diversas probabilidades de ser establecida de que voy á ocuparme al momento, podría no obstante hundirse el edificio actual sin que saliera aquella de entre sus ruinas. Teneis, señora, el alma bastante fuerte para suponer, sin dejaros abatir, un juicio de Dios que sumergiese vuestra ilustre raza en los manantiales populares, así como teneis el corazón bastante grande para alimentar justas esperanzas, sin dejaros deslumbrar por ellas. Ahora debo presentaros este otro lado del cuadro.

» V. A. R. puede desafiarlo y arrostrarlo todo con su edad: le quedan todavía más años que recorrer que los trascurridos desde el principio de la revolu-

ción. Ahora bien: ¿ qué no han visto estos últimos años? Cuando la república, el imperio, la legitimidad han pasado, ¿ no había de pasar la anfibia situación del justo medio? Pues qué, ¿ sería para llegar á la miseria de hombres y cosas del momento para lo que habríamos atravesado y gustado tantos crímenes, desgracias, talento, libertad y gloria? Pues qué, ¿ habríamos visto á la Europa trastornada; á los tronos hundiéndose unos sobre otros; á las generaciones precipitarse en la huesa con el puñal en el pecho, y al mundo agitándose convulsivo por espacio de medio siglo, y todo eso para dar á luz la casi legitimidad? Se concebiría una gran república que saliese de este cataclismo social: al menos sería hábil para heredar conquistas de la revolución; á saber: la libertad política; la libertad y la publicidad del pensamiento; la nivelación de las clases; la admisión á todos los cargos; la igualdad de todos ante la ley; la elección y la soberanía popular. Pero, ¿ cómo puede suponerse que un rebaño de sordidas medianías escapadas del naufragio, empleen esos principios? ¿ A qué proporción no los han reducido ya! Los detestan, y solo suspiran por las leyes excepcionales: quisieran coger todas esas libertades bajo la corona que han forjada como bajo una trampa, y luego entretendrían placidamente con canales, caminos de hierro, baturrillos de arte, arreglos de letras, mundo de máquinas de charlatanismo y de presunción llamando *sociedad modelo*. ¡ Desgraciada cualquier superioridad, cualquier hombre de genio ambicioso, de preferencia, de gloria y de placeres, y de fama, aspirante al triunfo de la tribuna, de la lira ó de las armas, que llegase á sobresalir algún día en ese universo de aburrimiento!

» No habría señora, mas que una eventualidad para que la casi-legitimidad continuase vegetando, y sería que el estado actual de la sociedad fuese el estado natural de esa misma sociedad en la época en que nos hallamos. Si el pueblo envejecido estuviese en armonía con su gobierno decrepito; si entre el gobernante y el gobernado existiese armonía de enfermedad y debilidad, entonces, señora, todo abría concluido para V. A. R., como para el resto de los franceses. Pero si no hemos llegado á la edad de la chochez nacional, y si la república inmediata es imposible, la legitimidad es la que parece llamada á renacer. Vivid señora, vuestra juventud, y tendreis los regios harapos de esa pobreza llamada monarquía de julio. Decid á vuestros enemigos lo que vuestra abuela, la reina Blanca, decía á los suyos durante la minoría de San Luis: — « No me altera el esperar. » Las hermosas horas de la vida os han sido dadas en compensación de vuestras desgracias, y el porvenir os traerá tantas felicidades como días os haya arrebatado lo presente.

» La primera razón que milita en vuestro favor, señora, es la justicia de vuestra causa y la inocencia de vuestro hijo. Todas las eventualidades no están contra el buen derecho. »

\* Después de haber desmenuzado las razones de esperanza que yo no alimentaba, pero trataba de abultar para consuelo de la princesa, continúe:

« Ved aquí, señora, el estado precario de la casi-legitimidad en el interior: en el exterior no es la posición más segura. Si el gobierno de Luis Felipe hubiese conocido que la revolución de julio borraba las transacciones anteriores; que en otra constitución nacional traía otro derecho político y cambiaba los intereses sociales, si hubiese tenido al principio de su carrera discernimiento y valor, hubiera podido, sin disparar un tiro, dotar á la Francia de la frontera que le habían quitado, tan vivo era el asentimiento de los pueblos y tanto el estupor de los reyes. La casi-legitimidad hubiera pagado su corona al contado con un aumento de territorio y se habría atrincherado detrás

de ese baluarte. En vez de aprovecharse de su elemento republicano para marchar de prisa, tuvo miedo de su principio; arrastró por el suelo abandonó a las naciones sublevadas por ella en favor de ella; de clientes que eran las convirtió en adversarias; apagó el entusiasmo guerrero; cambió en un pusilánime deseo de paz una aspiración ilustrada de restablecer el equilibrio de las fuerzas entre nosotros y los Estados vecinos, de reclamar al menos, cerca de esos Estados, desmesuradamente aumentados, los pedazos separados de nuestra antigua patria. Por debilidad de corazón y falta de ingenio reconoció Luis Felipe tratados que no son de la naturaleza de la revolución; tratados con los cuales no pueden vivir, y que los extranjeros mismos han violado.

«El justo medio ha dejado á los gabinetes extranjeros el tiempo de volver sobre sí y formar sus ejércitos. Y como la existencia de una monarquía democrática es incompatible con la existencia de las monarquías continentales, podrían surgir de esta incompatibilidad las hostilidades, á pesar de los protocolos, los apuros financieros, los temores mutuos, los armisticios prolongados, los despachos benébólos y las demostraciones de amistad. Si nuestra monarquía ciudadana se resigna á los insultos; si los hombres sueñan la paz, los sucesos podrán imponer la guerra.

«Pero que la guerra hunda ó no la casi-legitimidad, sé que nunca pondréis, señora, vuestra esperanza en el extranjero: preferiría que Enrique V no reinase jamás, á verle llegar bajo el patronato de una coalición europea: en vos misma, en vuestro hijo, es donde fundáis vuestra esperanza. De cualquier modo que se racione acerca de ordenanzas, estas no pueden en manera alguna alcanzar á Enrique V, que, inocente de todo, tiene á su favor la elección de los siglos y sus infortunios natales. Si la desgracia nos interesa en la soledad de una tumba, todavía nos enternece mas cuando vela al lado de una cuna, porque entonces no es ya el recuerdo de una cosa pasada, de una criatura miserable, pero que ha cesado de sufrir, sino que es una penosa realidad que entristece una edad que no debía conocer mas que la alegría, y amenaza á toda una vida que nada le ha hecho y que no ha merecido sus rigores.

»Para vos, señora, hay en vuestras adversidades una autoriad poderosa. Vos, bañada en la sangre de vuestro marido, habeis llevado en vuestro seno al niño que la política llamó *el hijo de Europa* y la religion *el hijo del milagro*. ¡Qué influencia no ejerceréis sobre la opinion cuando se os ve guardar solo para el huérfano desterrado la pesada corona que Carlos X sacudió de su cabeza encanecida, y á cuyo peso se sustrajeron otras dos frentes bastante abrumadas de dolores para que les fuese permitido apartar de sí esa nueva carga! Vuestra imagen se presenta á nuestra memoria con esas gracias de mujer, que asentadas sobre el trono parecen ocupar su puesto natural. El pueblo no abriga contra vos prevención alguna; compadece vuestros pesares; admira vuestro valor; conserva el recuerdo de vuestros dias de luto; os agradece que os mezolaseis mas tarde en sus placeres y que compartiéseris sus gustos y sus regocijos; encuentra un encanto en la vivacidad de esa francesa extranjera, venida de un país unido á nuestras glorias por las jornadas de Fornone, de Malignan, de Arcole y de Marengo. Las musas echan de menos á su protectora, nacida bajo ese hermoso cielo de Italia que le inspiró el amor á las artes é hizo de una hija de Enrique IV una hija de Francisco I.

»La Francia, desde la revolución, ha cambiado con frecuencia de directores, y no ha visto todavía á una mujer en el timon del Estado. Quizá querrá Dios que las riendas de este pueblo indomable, escapadas de las manos devoradoras de Mr. Perier y en las manos victoriosas de Bonaparte, asidas inútilmente por

Luis XVIII y Carlos X, sean reanudadas por nna jóven princesa, que sepa hacerlas á la vez menos frágiles y mas ligeras.»

Recordando, en fin, á *Madame*, que habia querido pensar en mí para formar parte del gobierno secreto, termino asi mi carta:

«En Lisboa existe un magnífico monumento, sobre el cual se lee este epitafio: *Aquí yace Baseo Figueira contra su voluntad*. Mi mausoleo será modesto, y no descansaré en él contra mi voluntad.

Ya conoceis, señora, el órden de ideas en que veo la posibilidad de una restauración: las demás combinaciones estarian fuera del alcance de mi talento, confesaria mi insuficiencia. *Ostensiblemente*, y proclamándome el hombre de vuestra eleccion, de vuestra confianza, es como encontraría yo alguna fuerza; pero ministro plenipotenciario nocturno, encargado de negocios cerca de las tinieblas, es cosa para la que no me siento con la menor aptitud. Si V. A. R. me nombrase públicamente su embajador cerca del pueblo de la *Nueva Francia*, escribiría en gruesos caracteres sobre mi puerta: *Legación de la antigua Francia*. Sucedería lo que Dios quisiese; pero nada tendría que ver con adhesiones secretas: yo solo sé hacerme culpable de fidelidad en fragante delito.

»Señora, sin rehusar á V. A. R. los servicios que tiene derecho á exigir de mí, le suplico que apruebe el proyecto que he formado de terminar mis dias en el retiro. Mis ideas no pueden convenir á personas que poseen la confianza de los nobles desterrados de Holyrood: el mejor pasado y la antipatia natural contra mis principios y mi persona renacerian con la prosperidad. Yo he visto rechazar los planes que presenté para el engrandecimiento de mi patria, para dar á la Francia fronteras en las que pudiese existir al abrigo de las invasiones, para sustraerla á la vergüenza de los tratados de Viena y de París. Me he oido llamar renegado cuando defendía á la religion; revolucionario cuando me esforzaba en fundar el trono sobre la base de las libertades públicas. Encontraría los mismos obstáculos, aumentados con el odio que los leales de la corte, ciudad y provincia hubiesen concebido por la lección que les dió mi conducta en el dia de la prueba. Tengo muy poca ambicion y demasiada necesidad de reposo para hacer de mí adhesión una carga para la corona é imponerle mi presencia importuna. He cumplido mis deberes sin pensar ni por un momento que pudiesen darme derecho al favor de una familia augusta: me considero feliz en que me haya permitido abrazar sus infortunios. Nada veo superior á este honor: ella no encontrará servidor mas celoso que yo, aunque sí otros mas jóvenes y mas hábiles. No me creo un hombre necesario, y pienso que no hay ya hoy hombres necesarios: inútil para lo presente, marchó á la soledad á ocuparme de lo pasado. Espero, señora, vivir todavía lo bastante para añadir á la historia de la Restauración la página gloriosa que promete á la Francia vuestros futuros destinos.

»Soy, señora, con el mas profundo respeto de V. A. R. su mas humilde y obediente servidor.

»CHATEAUBRIAND.»

La carta tuvo que aguardar un correo seguro: pasó el tiempo, y añadió á mi despacho la siguiente posdata:

»París 12 de abril de 1832.

»Señora: Todo envejece pronto en Francia: cada dia abre nuevas eventualidades á la política y principia otra serie de acontecimientos. Nos hallamos ahora en la enfermedad de Mr. Perier y en el azote de Dios. He enviado al prefecto del Sena la suma de doce

mil francos, que la hija proscripta de San Luis y de Enrique IV ha destinado al alivio de los desgraciados. ¡Qué digno uso de su noble indigencia! Me esforzaré, señora, en ser el fiel intérprete de vuestros sentimientos. No he recibido en mi vida misión con que me haya creído mas honrado.

»Soy con el mas profundo respeto etc.»

Antes de hablar del asunto de los doce mil francos para los *coléricos* mencionados en la anterior posdata, hay que hablar del *cólera*. En mi viaje á Oriente no habia encontrado yo la peste, la cual vino á visitarme á mi domicilio: la fortuna, en pos de la que habia yo corrido, me aguardaba sentada á mi puerta.

#### INCIDENTES.

##### Pestes.

En la época de la peste de Atenas, el año 431 antes de nuestra era, habian ya asolado al mundo veinte y dos grandes pestes. Los atenienses se figuraron que habian sido envenenados los pozos; figuración popular renovada en todos los contagios. Thucídides nos ha dejado una descripción del azote de Atica, copiada entre los antiguos por Lucrecio, Ovidio, Virgilio, Luciano, y entre los modernos por Boaccio y Manzoni. Es digno de notarse que con motivo de la peste de Atenas no habla Thucídides una palabra de Hipócrates, así como tampoco nombra á Sócrates hablando de Alcibiades. Aquella peste atacaba primero á la cabeza, bajaba al estómago, de allí á las entrañas, y por último á las piernas: si salía por los pies, despues de haber recorrido todo el cuerpo, como una larga serpiente, se sanaba. Hipócrates la llamó el mal divino, y Thucídides el fuego sagrado: ambos á dos lo miraron como el fuego de la *cólera celeste*.

Una de las pestes mas espantosas fue la de Constantinopla en el siglo v, bajo el reinado de Justiniano. El cristianismo habia modificado ya la imaginación de los pueblos y dado nuevo carácter á una calamidad, así como habia cambiado la poesía: los enfermos creian ver vagar alrededor de ellos espectros y oír voces amenazadoras.

La peste negra del siglo xiv, conocida con el nombre de la *muerte negra*, tuvo su origen en la China: creiase que corría bajo la forma de un vapor de fuego, esparciendo un olor pestífero. Llegóse las cuatro quintas partes de los habitantes de Europa.

En 1375 cayó sobre Milan el contagio que hizo inmortal la caridad de San Carlos Borromeo. Cincuenta años despues, en 1629, aquella infortunada ciudad fue nuevamente visitada por las calamidades de que Manzoni ha hecho una pintura muy superior al cuadro de Boaccio.

En 1660 se renovó el azote en Europa, y en estas dos pestes de 1629 y de 1660 se reprodujeron los mismos síntomas de delirio de la peste de Constantinopla.

»Marsella, dice Mr. Lemontey, salía en 1720 del seno de las fiestas que habian señalado el paso de la señorita de Valois, casada con el duque de Módena. Al lado de aquellas galeras, adornadas todavía de guirnalda y cargadas de músicos, flotaban algunos buques que traian de los puertos de la Siria la calamidad mas terrible.»

El buque fatal de que habla Mr. Lemontey presentó una patente limpia, y fue admitido por un momento á plática. Ese momento bastó para infestar la atmósfera: una tempestad acrecentó el mal, y se difundió la peste entre truenos.

Cerráronse las puertas de la ciudad y las ventanas

de las casas. En medio del silencio general oíase de vez en cuando abrirse una ventana y caer un cadáver: las paredes se manchaban con su sangre gangrenada, y los perros sin dueño lo aguardaban abajo para devorarlo. En un barrio en que habian perecido todos sus habitantes fueron tapiados á domicilio, como para impedir á la muerte que saliese. De esas calles de grandes sepulcros de familias se pasaba á encrucijadas, cuyo suelo estaba cubierto de enfermos y moribundos tendidos en colchones y abandonados sin socorro. Es queletos medio podridos yacian al lado de viejos harapos manchados de barro: otros cuerpos permanecian de pié, apoyados contra las paredes, en la misma actitud en que los habia sorprendido la muerte.

Todo habia huido, hasta los médicos: el obispo, Mr. de Belzume, escribia: «Debieran abolirse los médicos, ó á lo menos, darnos otros mas hábiles y menos miedosos. Me ha costado mucho trabajo hacer sacar ciento cincuenta cadáveres medio podridos que habia alrededor de mi casa.»

Un dia unos presidiarios se negaban á desempeñar sus fúnebres deberes: el apóstol subió sobre uno de sus carros, se sentó encima de una porción de cadáveres, y mandó á los presidiarios que marcharan: la muerte y la virtud caminaban al cementerio conducidas por el crimen y el vicio, asustados y llenos de admiración. A la esplanada de Tourette, á las orillas del mar, se habian estado trasladando, por espacio de tres semanas, cuerpos muertos que expuestos al sol y fundidos por sus rayos ofrecian el espectáculo de un lago apestado. En aquella superficie de carnes liquidadas solo los gusanos imprimian algun movimiento á formas apiñadas, indefinibles, que podian haber sido eligies humanas.

Cuando el contagio principió á ceder, Mr. de Belzume, al frente de su clero, se trasladó á la iglesia de los *Aceoules*; subido sobre una esplanada, desde donde se veia á Marsella, los campos, los puertos y el mar, dió la bendición, como el papa en Roma bendice la ciudad y el mundo. ¿Qué mano mas poderosa ni mas pura podia hacer bajar sobre tantas desgracias las bendiciones del cielo?

Asi fue como la peste devastó á Marsella, y cinco años despues de aquellas calamidades, se colocó sobre la fachada de la casa de la ciudad la inscripción siguiente, como esos pomposos epitafios que se leen sobre un sepulcro:

*Massilla Phocensium filia, Romæ soror,  
Carthaginis terror, Athenarum æmula.*

#### EL CÓLERA.

PARIS, calle del Infierno, mayo de 1832.

El *cólera*, que salió del Delta del Ganges en 1817, se propagó en una extension de dos mil doscientas leguas de Norte á Sud y de tres mil quinientas de Oriente á Occidente, desolando mil cuatrocientas poblaciones y arrebatando cuarenta millones de individuos. Se ha publicado un mapa de la marcha de este conquistador: empleó quince años en venir de la India á París; esto es marchar tan aprisa como Bonaparte, el cual empleó poco mas ó menos el mismo número de años en pasar de Cádiz á Moscou, y no hizo perecer mas que dos ó tres millones de hombres.

¿Qué es el *cólera*? ¿Es un viento mortal? ¿Son insectos que tragamos y nos devoraa? ¿Qué es esa gran muerte negra armada de su guadaña que atravesando montes y mares ha venido como una de esas terribles pagodas adoradas á orillas del Ganges á atropellarnos á orillas del Sena bajo las ruedas de su carró? Si ese azote hubiese caído en medio de nosotros en un siglo religioso, y se hubiese ensanchado en la poesía de las costumbres y de las creencias populares, hubiera de-